

LA MADRIGUERA DE HUEVOS

1º - 3º

Había una vez una liebre que vivía en una madriguera bajo las raíces de un viejo castaño. Era una madriguera honda y acogedora, con tres entradas distintas, un dormitorio de musgo y una despensa donde guardaba semillas de trébol y cortezas dulces.

Cada primavera, cuando los pájaros comenzaban a construir sus nidos en las ramas, la liebre los miraba con curiosidad. Veía al mirlo trenzando ramitas, al jilguero acarreando plumón, a la golondrina amasando barro con su pico.

—¿Por qué no haces un nido? —le preguntó un día el carbonero, mientras colgaba su casa de fibras en la horqueta de un avellano.

—Yo no sé hacer nidos —respondió la liebre—. Yo sé hacer madrigueras.

—Pero los huevos de Pascua —dijo el carbonero—. ¿Dónde los guardas si no tienes nido?

La liebre sonrió. Tenía una sonrisa pequeña, apenas un movimiento en la comisura de los labios.

—Los huevos de Pascua no se guardan en nidos —dijo—. Se guardan en la tierra.

El carbonero no entendió, pero asintió con la cabeza porque las liebres siempre tienen razones que los pájaros no comprenden.

Aquella primavera, sin embargo, algo inquietaba a la liebre. Los huevos de Pascua habían llegado, como cada año, rodando desde algún lugar secreto que solo las liebres conocían. Ella los había recogido uno a uno: un huevo blanco como la leche, un huevo amarillo como la miel, un huevo verde como la hoja recién nacida, un huevo rosa como la flor del castaño, un huevo azul como el cielo de la mañana. Cinco huevos pequeños, redondos, tibios como si dentro llevaran un pedazo de sol.

Pero no sabía dónde ponerlos.

En años anteriores, los había escondido entre las raíces, bajo los helechos, en los huecos de los troncos. Pero este año notaba que algo faltaba. Los huevos parecían pedir otro lugar, un lugar más hondo, más cálido, más secreto.

—¿Qué te pasa? —preguntó el topo, asomando su nariz rosada desde su galería vecina.

—No encuentro el lugar para los huevos —dijo la liebre—. Este año no me sirven los escondites de siempre.

El topo la miró con sus ojitos pequeños y dijo:

—¿Por qué no los pones en tu madriguera?

La liebre se quedó pensando. Su madriguera era su casa, su lugar secreto, el sitio donde ella dormía y soñaba y guardaba sus tesoros. Nunca se le había ocurrido poner allí los huevos de Pascua.

—¿Se puede? —preguntó.

—La tierra lo guarda todo —dijo el topo, y se volvió a meter en su galería.

Aquella noche, la liebre bajó a lo más hondo de su madriguera. Allí, en el dormitorio de musgo, apartó un poco el lecho y cavó un pequeño hueco en la tierra blanda. Con mucho cuidado, puso los cinco huevos —el blanco, el amarillo, el verde, el rosa, el azul— en el hueco, y los cubrió con una fina capa de musgo.

Luego se acostó a su lado, con sus patas delanteras abrazando el montículo, y sus ojos redondos abiertos en la oscuridad.

Pasó la noche. Pasó otra noche. Pasaron muchas noches.

La liebre no salía de su madriguera. Los animales del bosque empezaron a preocuparse.

—¿Dónde está la liebre? —preguntaba el mirlo desde su nido.

—¿Dónde está la liebre? —preguntaba la ardilla desde su avellano.

—¿Dónde está la liebre? —preguntaban los niños desde el valle, porque los huevos de Pascua aún no aparecían.

El carbonero, que era amigo de la liebre, bajó volando hasta la entrada de la madriguera.

—¡Liebre! —llamó—. ¿Estás ahí?

Desde dentro llegó una voz suave, como un rumor de tierra mojada.

—Estoy aquí. Los huevos están naciendo.

El carbonero no entendió. *Los huevos no nacen, pensó. Los huevos se esconden, los niños los encuentran, se los comen. No nacen.*

Pero la liebre no salía.

Pasaron tres días más. Y al cuarto día, algo comenzó a suceder en el bosque.

Del suelo, alrededor de la madriguera, empezaron a asomar pequeños brotes verdes. No eran brotes de hierba común. Eran brotes que tenían color: uno blanco como la leche, uno amarillo como la miel, uno verde como la hoja recién nacida, uno rosa como la flor del castaño, uno azul como el cielo de la mañana.

—¡Miren! —gritó la ardilla—. ¡Los huevos están brotando!

Y así era. Los cinco huevos que la liebre había puesto en lo más hondo de su madriguera habían echado raíces. Y de cada raíz había crecido un tallo, y de cada tallo una flor, y de cada flor un huevo nuevo, más brillante que el anterior.

Cuando la liebre salió de la madriguera, sus patas estaban cubiertas de tierra y su morro olía a musgo y a raíz fresca. Pero en sus ojos había una luz nueva, como la luz que tienen las madrigueras cuando la primavera las llena de vida.

—Ahora entiendo —dijo al carbonero, que la miraba con el pico abierto—. Los pájaros hacen nidos para que los huevos estén en lo alto, cerca del cielo. Pero las liebres hacemos madrigueras para que los huevos estén en la tierra, cerca de la raíz. Y de la raíz nacen más huevos, para que nunca falten.

El carbonero cerró el pico y asintió lentamente. Por primera vez entendía por qué las liebres, que no ponen huevos, son las que cuidan los huevos de Pascua. Porque saben guardarlos en la tierra, donde la tierra los transforma en algo nuevo.

Aquella primavera, los niños encontraron más huevos que nunca. No solo en los nidos que habían preparado en sus jardines, sino también entre las raíces de los árboles, en los huecos de los troncos, bajo los helechos. Y todos los huevos tenían un sabor especial, como si dentro de cada uno hubiera un poquito de tierra fresca y un poquito de sol y un poquito del secreto que la liebre había guardado en lo más hondo de su madriguera.

Desde entonces, cada año, cuando los huevos de Pascua llegan rodando desde algún lugar secreto, la liebre los recoge uno a uno. Pero no los esconde en cualquier sitio. Los lleva a lo más hondo de su madriguera, a aquel dormitorio de musgo donde una vez los huevos echaron raíces. Y allí los acuna con sus patas delanteras, con sus ojos redondos abiertos en la oscuridad, hasta que la tierra los transforma y de ellos brotan nuevos huevos para todos los niños del mundo.

Si alguna vez, en un paseo por el bosque, ves una madriguera bajo las raíces de un viejo castaño, agáchate y mira con atención. Quizá veas asomar un pequeño brote de color, o quizá escuches un rumor suave, como de algo que está naciendo en la tierra. Es la liebre. Sigue guardando los huevos, como solo las liebres saben hacerlo, en el lugar más hondo y más cálido y más secreto que existe: su madriguera.

Traducción de IdeasWaldorf